

# Leer y releer a Carlos Fuentes

Gerardo Estrada

Para la generación de universitarios lectores de los años sesenta, una parte importante de su descubrimiento del México moderno y su complejidad política y social se hizo a través de la literatura y en particular de dos novelas de Carlos Fuentes: *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*. Muchos de quienes rondábamos entonces entre los quince y los veinte años, descubrimos en ellas nuestro país, no sólo su pasado rural y revolucionario, lleno de referencias ya para entonces nostálgicas, sino la fascinante y caótica Ciudad de México, el contradictorio paisaje social nacional y un acercamiento a los laberintos del poder, a las claves del “sistema político mexicano”.

En *La región más transparente*, la diversidad de personajes nos remitía de inmediato a las diferencias de clase, a una expresión cotidiana de eso que en los términos políticos utilizados por los universitarios de izquierda de ese momento se llamaba el motor de la historia: la lucha de clases.

La mayoría de los universitarios clasemedios se asomaban a través de esas páginas a la vida fantástica y frívola de los ricos mexicanos —sus ambiciones, su cursilería, su ignorancia y su esnobismo—, así como a las intrigas y traiciones de la clase política mexicana, a las intimidaciones de la familia “revolucionaria”. A los vínculos que se esta-

blecían entre esos ricos y esos políticos, resumidos en aquella frase acuñada por Fuentes que aludía al intercambio de intereses entre ambos grupos en el periodo posrevolucionario: “dame lana, te doy clase; dame clase, te doy lana”.

Pero también en esa misma novela nos asomábamos a los bajos fondos de la ciudad, a esos barrios pobres que todavía no llegaban a extenderse como lo harían después por todo el valle. Barrios miserables pero que tenían esa “cultura de la pobreza” de la que habló Oscar Lewis por esos años provocando absurdos debates sobre la dignidad nacional; barrios que poseían una gran personalidad y una gran cultura, y que definían el panorama urbano: la identidad de la ciudad.

Los avatares de Gladys García, personaje esencial de *La región...*, revelaban una sociedad que coexistía al lado de las pretenciosas clases medias que, en la seguridad del “desarrollo estabilizador”, sentían que vivían en un lugar donde las miserias del tercer mundo no las alcanzaban o que al menos podían dejarlas atrás no mezclándose.

La mirada de Ixca Cienfuegos, otro personaje clave, era la mirada crítica y escéptica del nuevo intelectual mexicano urbano, producto de la Revolución, a quien se le había permitido adquirir un cosmopolitismo un tanto ramplón pero que contrastaba favorablemente con la, todavía en





Archivo fotográfico II-INAH

Palacio de Bellas Artes, México, DF — Luis Márquez



Archivo fotográfico II-INAH

Paseo de la Reforma con estatua ecuestre de Carlos IV, México, DF — Luis Márquez



Torre Latinoamericana en construcción, México, DF — Luis Márquez



Catedral Metropolitana, México, DF — Luis Márquez

esa época, atmósfera provinciana de la Ciudad de México.

En *La muerte de Artemio Cruz*, las obsesiones de Fuentes asumían otra perspectiva, ahora más amplia: la historia del México posrevolucionario ya no se limitaría a describir la vida de su ciudad capital, sino que abrazaría la enormidad del país en que vivíamos y los inmensos contrastes entre sus regiones y sus habitantes.

Pero la línea que cruza ambas novelas es la política mexicana, una inquietud, una curiosidad y una preocupación constante en la obra de Fuentes, sobre todo en algunas de sus novelas más significativas.

Carlos Fuentes ha sido desde siempre un gran observador de la vida política mexicana; no sólo ha sido un testigo sino que también ha sido un crítico suyo, agudo, perspicaz. Su participación como funcionario público como Embajador de México en Francia no disminuyó estas capacidades y por el contrario añadió una oportunidad más de conocer la vida política de México.

Su militancia política, si es que puede hablarse así de la vida política de Carlos Fuentes, ha sido no la partidaria sino una que está más allá de las ideologías, de los pesados corsés de las ideas preconcebidas. Pareciera que en ello y eso es más que suficiente, sólo lo guían dos ideas básicas: un sentido profundo de la justicia en todos los órdenes, un enojo ante las desigualdades, y por otro lado un profundo amor a México que nada tiene de chauvinista y que se vincularía más con la definición que del nacionalismo formula José Emilio Pacheco sobre esas afinidades colectivas.

Junto a su obra como novelista, ha desarrollado una importante tarea de ensayista en donde los temas de la vida política y social de México han sido constantes. Sus análisis originales tienen la riqueza de la literatura, sumada a la inteligencia y a un notable conocimiento de la teoría y los hechos de la política.

El tiempo ha confirmado algunos de los aciertos de Fuentes y también algunos de sus equívocos, pero lo que no se puede dudar es que su gran pasión es comprender los mecanismos de ese com-



Archivo fotográfico II-FUMM

Edificio de oficinas y Hotel Imperial, México, DF — Luis Márquez

plicado aparato que es el sistema político mexicano y, sobre todo, a sus personajes.

Fiel a sus obsesiones, Fuentes vuelve, en *La silla del águila*, su nueva novela, a uno de sus temas favoritos: las intrigas de la vida política mexicana, que ha recorrido antes, particularmente en las dos novelas que nos sorprendieron en los sesenta.

Aprovechando su sensibilidad y su conocimiento, nos conduce, a través de un supuesto epistolario de un sector de la clase política mexicana, a descubrir o, mejor dicho, a avizorar cuál podría ser el panorama de nuestra vida política dentro de veinte años. Lo hace con la misma inteligencia de sus primeras obras, pero sumando ahora la experiencia vivida.

No sabemos si podríamos hablar de frustración ante la imposibilidad de modificar ciertas cosas o, mejor, de la capacidad de comprender lo que a pesar de ser obvio nunca es lo suficientemente claro, que más allá de las ideologías, de los sistemas o regímenes políticos, está la condición humana, lo que hace que el panorama político que presenta la novela no sea muy optimista.

Así resulta que, después de que el PRI ha sido vencido con Cristóbal Nonato, llega a gobernar un grupo de mexicanos dominados por las mismas ambiciones, intrigas, percepciones y corrupciones que vivió Artemio Cruz. Todo ha cambiado pero todo sigue igual, la pobreza de los mexicanos no parece abatirse; con la democracia se han abierto nuevos espacios a la libertad de expresión, pero en el fondo ello sólo sirve para hacer más legítimos o más legales los mismos vicios del poder.

No sé si es posible que los jóvenes universitarios de esta primera década del siglo XXI lean a Carlos Fuentes, con el mismo interés y pasión con que lo leímos los jóvenes de la década de los sesenta, y que descubran igual que nosotros al México que él nos ofrece. Pero ojalá y lo hicieran porque aprenderían a conocerlo a través de una de las más bellas e inteligentes fórmulas: la literatura, en los textos de un mexicano lúcido y apasionado. Que logren con ello una aproximación a lo mejor de nuestras letras y algunas brillantes observaciones políticas sobre nuestras realidades, en una doble ganancia que los enriquecerá. ①